

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 24 de Febrero de 1898

Núm. 379



Le he dicho al confesor que no le querría... tanto; pero... allí está; si es tan pillo!

Burlas y veras

No sermonearé para que no se diga que me subo al púlpito, ó exclame algún gracioso después de oirme : ya tenemos á Periquito hecho fraile.

Cá, no señor ; ni tengo nada de diablo, ni soy *carnívoro*. La carne me gusta como obra admirable de la naturaleza, pero conste que en la emoción que me produce, no hay más que un placer puramente estético.

Me deleito en la contemplación de una mujer bonita, pero cuando pondero su belleza y la llamo guapa ¿querrán ustedes creer que es muy inocente el piropo?

Es verdad que este sentimiento honrado tiene su contra ; por ejemplo : el primer día de carnaval tropecé con una rubia alta, esbelta, tentación desde las sortijillas de la frente hasta las puntas de sus pies menudos.

La dije : «es usted un portento de hermosura» y la muchacha volvió el rostro sonriendo. Entonces completé mi elogio con estas palabras : «Cuando usted ríe desciende la bendición de Dios sobre nuestras cabezas». ¿En qué dirán ustedes que acabó el asunto? En que ella me citase al tercer día á su casa.

Valiéndome de todas las sutilezas, la apreté para que, como ocurre en los novelones malos, se adelantasen los acontecimientos : ¿qué quería la rubia de mí? Pues quería que la adorase, lo cual declaré que no me costaba esfuerzo, pues sentía adoración desde que la ví tan guapa, y quería además... que formalizáramos nuestras relaciones.

Tuve que declararle lo que al empezar las burlas he dicho á ustedes : que no soy *carnívoro*.

* * *

Y no lo soy, además, porque francamente, tengo la dentadura hecha una lástima. No puedo apretar fuerte.

La cuaresma, por tanto, que aburre á tanta gente, me llena á mí de regocijo.

Difícilmente se encontrará, para todas las cosas, otro hombre más sobrio que yo.

Quizás esa virtud impide que tenga el gusto estragado, y desengañense ustedes, es muy cierto aquel adagio que dice : «á mal tiempo, buena cara».

Lo digo porque los que reniegan de las austeridades del tiempo en que acabamos de entrar no son razonables. Les falta buen gusto y... filosofía.

En esta época debe reconcentrarse el espíritu, entregándose á prolijas y provechosas meditaciones.

Tan provechosas, que aparte el desprecio que se consigue de las grandezas humanas, origen del hastío, se saca en limpio que la cuaresma tiene sus encantos.

Sí, sus encantos ; las mujeres guapas, con su aire devoto, con su mantilla, con su devocionario y sus cruces, están monísimas, exageradamente guapas.

¡ Vaya si lo están ! Pero declaro con franqueza que es necesario sentir, como á mí me ocurre, un goce estético, purísimo, contemplando la gracia de Dios.

Eso sí ; procuraré yo no volverme á encontrar con la rubia de quien he hablado ; pues si es cierto que he resistido á las tentaciones carnavalescas, no respondo de vencer la sugestión de la mogigatería. Es de temer al diablo metido á fraile.

¡ *In nomine patris!*

CLAUDIO UGENA.



(Prohibida la reproducción)

Una madre

Estaba yo comiendo en mi casa con mi amigo Jaime Sauval, médico de los hospitales de París, cuando de pronto entró mi cocinera en el comedor y con voz emocionada dijo:

— Señor, la anciana del cuarto quinto... ¿Sabe usted lo que pasa?

— Nó... ¿qué ocurre?

— Me dijeron hace un instante que estaba muy grave, subí á verla y me he convencido de que, en efecto, la pobre está muy mala. Y como aquí hay un médico...

Sauval se hallaba ya en la escalera y yo le seguí maquinalmente.

— Entren ustedes, entren — nos dijo en el descansillo una mujer que al parecer nos esperaba.

Pasamos al dormitorio y yo permanecí en el umbral, mientras Jaime se dirigía á la cabecera de la cama.

— Vamos, valor, señora — exclamó el doctor; — eso no será nada.

Sauval le tomó el pulso, la consultó y me dió á entender con una mirada que se trataba de un caso desesperado.

Escribió luego una de esas recetas insignificantes que se prescriben para salir del paso, y nos disponíamos á partir, cuando la paciente se incorporó como pudo y nos dijo en tono suplicante:

— No se vayan ustedes, por piedad. Voy á morir y quiero confesarles un secreto que me ahoga. No me es posible callar por más tiempo.

Cogimos dos sillas, que acercamos al lecho, y sentados en ellas, esperamos la anunciada confesión.

— Soy hija de labradores — dijo la enferma. — A los veintitrés años me casé con el jardinero del castillo de Bellemont, que murió al cabo de cuatro meses de nuestro enlace, dejándome en cinta. La marquesa de Bellemont se hallaba en el mismo estado que yo, y como su unión había sido estéril, la esperanza de tener un hijo, después de seis años de matrimonio, la colmaba de alegría.

Dimos á luz con un día de diferencia. Dios me concedió un hijo, y la marquesa tuvo la desdicha de alumbrar un niño muerto. ¿Cómo fuí inducida á hacer lo que hice? ¿A qué ambición, á qué estímulos obedecí? El caso es que la marquesa creyó haber dado á luz un robusto niño, y que en todo el país, salvo el marqués y el doctor, todo el mundo lo creyó como ella.

Cuanto á mí, desaparecí algunas semanas, y cuando volví al castillo, el marqués me presentó su hijo, Pedro de Bellemont, y me permitió que le besara.

Fuí admitida como costurera, y desde entonces pude ver diariamente y á cada instante al hijo de mis entrañas.

Teniale yo en brazos, lo lavaba, lo vestía y le colmaba de besos y de caricias; de tal modo, que la marquesa solía decirme:

— ¡Qué buena eres! ¡Estoy segura de que quieres á ese niño casi tanto como yo!

Pedro crecía al lado de dos madres, por decirlo así, y estaba más hermoso cada día. Y seguía yo guardando silencio. El brillante porvenir que le esperaba bien valía la pena de que sacrificara yo la confesión de mi maternidad.



(Prohibida la reproducción)

¡ Cómo pasa el tiempo ! Al cabo de algunos años le vi regresar de París, después de haber obtenido el bachillerato.

¡ Mi hijo bachiller, señores !

Al bajar del coche, abrazó á la marquesa y después se arrojó en mis brazos.

Dominada por la emoción, perdí el conocimiento y caí en tierra desmayada.

La marquesa me reprendió severamente por la exageración de mi alegría.

El marqués me estrechó la mano y le oí murmurar :

— ¡ Pobre mujer !

Al cabo de algún tiempo murió el marqués, cuando Pedro tenía veinte años. Como la marquesa quería que mi hijo conociese el mundo, se trasladó á París, á donde fuí yo también en su compañía.

Cuando al año siguiente murió la marquesa, Pedro alquiló una elegante casa, y con tal motivo, temí que me alejara de su lado. Mas, por fortuna, no fué así.

— Seguirás viviendo conmigo, Ana — me dijo. — Tú me has criado... y me harás las veces de madre.

Le estreché en mis brazos y poco faltó para que yo exclamase :

— ¡ Tu madre !... ¡ Si tu madre soy yo !

Vivimos así por espacio de tres años.

Un día, durante el almuerzo, me dijo :

— ¿ Sabes que me caso ?

— ¿ De veras ?

— Sí.

Luego me explicó las condiciones de la novia y cómo y dónde la había conocido.

— ¿ La amas mucho ? — le pregunté.

— ¡ Con locura !

Después de celebrado el matrimonio y al regreso del viaje de boda, la nueva marquesa tomó posesión de la casa, á la que llevó una numerosa servidumbre.

De día en día me fueron alejando de Pedro. Primero me prohibieron servir á la mesa y luego presentarme en el comedor. Pero yo, en lugar de obedecer, luché y me quejé á Pedro, y él me dió la razón. Con tal motivo hubo un altercado entre marido y mujer y oí esta frase, pronunciada por la marquesa :

—Veo que tu antigua criada quiere desempeñar aquí el papel de suegra.

Entonces comprendí que estaba de más en la casa, y como disponía de lo suficiente para vivir á mi cargo me retiré á esta habitación donde ahora nos hallamos.

Yo iba á ver á Pedro cada ocho



— ¡ Aquí, Sultán !... ¡ Pobre perro, si Julio fuera tan dócil y fiel como tú !



Atisbando, desde los bastidores, á cualquier príncipe ruso. (No faltan para ellas en el teatro).



De las regiones puras,
yo he soñado que un ángel descendía
á encendernos la luz que nos alumbrá.

días; pero en vista de la actitud de la marquesa, me ví en el caso de renunciar á mis visitas. Pedro ha venido aquí muchas veces; ahora hace ya dos meses que no le he visto. ¡El pobre no tiene la culpa, sino su mujer!

Y cerrando los ojos, dijo:

— ¡Ella es la mala!

— ¡Por Dios, señores!—añadió la anciana. — ¡Voy á morir! ¡Vayan ustedes á buscar á mi hijo para que pueda abrazarle por última vez!

Por la mirada que me dirigió Sauval, comprendí que no había momento que perder.

— ¿Dónde vive?

— Calle de Rembrandt, número 12.

Bajé rápidamente la escalera, tomé un carruaje, y á los pocos minutos estaba en el domicilio indicado.

— ¿El señor marqués de Bellemont?

Un criado me hizo entrar en el gabinete, desde el cual oí grandes carcajadas y ruido de platos. Sin duda se celebraba allí un espléndido banquete.

A los cinco minutos se presentó en la sala una mujer joven, hermosa y elegante.

— ¿A quién tengo el honor...?

— Señora. Se trata de una mujer que ha estado al servicio de la difunta marquesa de Bellemont...

— Sí, Ana...

— Está gravemente enferma y en peligro de muerte, y antes de morir desea abrazar por última vez á su... al hijo de su señora.

— Ahora tenemos convidados y mi marido no podrá ir á verla hasta mañana.

— ¿Hasta mañana?...

— No puede abandonar á sus convidados...

No era fácil insistir. Sin embargo, me armé de valor y arriesgué la última tentativa.

— Dispéñeme usted, señora, pero tenga la bondad de decir al marqués que no me habría yo presentado en su casa á una hora tan intempestiva, si el estado desesperado de la enferma no me hubiese impuesto el deber de cumplir con la triste misión de que me ha encargado.

Todo fué inútil.

Al día siguiente por la mañana se presentó el marqués en el domicilio de Ana, cuando apenas la marquesa le había dado cuenta de lo que ocurría.

Pero era ya demasiado tarde. Su madre había dejado de existir.

J. BERR DE TURQUIE.



¡No hay que darle vueltas: es delicioso resbalar

(Prohibida la reproducción)



¿A qué vamos al baile?

Señor Director de LA SAETA.

He leído con asombro el discurso que *pronuncié* en la reunión de las alegres comadres, según los apuntes, con interrupciones salerosas, escritos por Clak.

Yo no soy comadre, porque no he sacado jamás de pila á ningún moro; ni alegre, porque no me gustan las bromas, y la de ese caballero me parece muy pesada. Me río alguna vez, pero en familia, lo cual no deja de ser distracción inocente, y sobre eso digo que no le importa á nadie.

Sin embargo, ya que Clak ha sacado á relucir mi figura, aunque poniéndole careta, suplico á usted que me permita rectificar sus notas, y que le amoneste y aun le amenace con la cesantía, si no cumple mejor en otras ocasiones su cometido.

No sé cómo oiría él mis palabras, pero en fin, le juro que no *pude* decir jamás todos esos disparates que pone en mis labios. ¿Yo enemiga del hombre? ¿Yo afiliada á un club, á un partido que piensa ponerse el morrión de Sagasta ó las babuchas de Pidal?

Eso es horrible, señor Director, eso es horrible.

Porque le advierto que estoy á punto de casarme y que mi novio está encasillado para las próximas elecciones, como *uña* que es de Silvela. Y si compra LA SAETA, ó algún amigo oficioso se la manda ¿qué hago yo de mi traje de boda y del ajuar que bordo? Entonces sí que me van ustedes á ver alegre y comadre y conspiro hasta derrocar al *hombre*, sólo para regalar á Clak todas esas prendas inútiles, con imposición de que use mis camisas y se ponga mi vestido blanco y vaya por esas calles barriendo con la cola el arroyo.

Mi novio es *unionista*, y lo primero que me preguntó al pedirme relaciones fué si sabía hacer calceta y estrellar un huevo.

También tiene noticia de que voy al baile, pero no á buscar las cosquillas á los bailadores, según me ha hecho decir Clak.

Al baile vamos á bailar, en efecto, y no á otra cosa; no sentimos nada, absolutamente nada de lo que yo he dicho, no me explico cómo; ni deliciosa curiosidad del pecado, ni sugestión del mal. Protesto. Lo que sentimos á la postre de una tanda de walses, aunque sean tan voluptuosos como los de Straus, es cansancio, y le aseguro que después de haber pasado la noche entregada á la danza, caigo en la cama con la pesadez del leño. ¿Ir al baile á sentir el orgullo de que los hombres no triunfan de nosotras? Dáte tono, Mariquita. ¿Qué más quisieran ustedes? Lo que sentimos no es orgullo, es vanidad. El halago, muy femenino, de que resplandezca y triunfe nuestra hermosura ó el gusto que tuvimos en escoger la tela del vestido y las joyas que nos adornan. Unas van á buscar prometido, otras van á divertirse, pero sin que tengan que hacer la señal de la cruz sobre la frente para que las libre Dios de los malos pensamientos.

¡El hombre! Maldito lo que nos importa el hombre en tales fiestas, sinó porque nos ayuda á lucir... y á bailar.

El baile, señor Director, es una distracción honesta y gimnástica, según dice el médico de mi familia.

¿Pero ustedes qué quieren? ¿que seamos insociables? Así me explico la protesta de la mujer. ¿Por qué negarle derecho á la regeneración, á la libertad? ¿No es tan criatura humana como el hombre? Francamente, yo no dejaré de zurcir los calcetines á mi marido, si Clak no ha desbaratado el casamiento, pero reconozco que es irritante que envidien ustedes á Abdul-Hamid porque hacina esclavas para su regalo en el harem.

Reconozco que la táctica de las alegres comadres no es buena; se parece á la de los revolucionarios que van á la República por caminos de herradura, no por caminos llanos; que asisten al club con intento de murmurar y no con propósito de instruirse en sus ideales; así ocurre que después de hecha la revolución no saben sostenerlos.

Supongamos que de golpe y porrazo se nos dan los primeros puestos, y que son ministras esas señoras y en lugar de encasillar á mi novio me encasillan á mí. ¿Sabremos hacer en los ministerios y en las Cortes lo que no conseguimos en las casas? Nó, en las casas tampoco sabemos gobernar, porque no se gobierna tomándole la cuenta á la lavandera ni escobando el piso.

La que anda un poco lista subyuga al hombre, y entonces puede darse el gustazo de ejercer una especie de gobierno despótico; la que nó, ya está fresca; sufre la tiranía contraria, no porque el marido se empeñe en esclavizarla, pero porque tiende (según tengo observado en muchos casos de esta vida, y deduzco por las explicaciones de algunas damas) porque tiende, digo, á la libertad, á romper las cadenas, ó el yugo, ó lo que resulte al cabo, eso de rendir la voluntad amorosa al capricho de un dueño.

Pues en un caso ó en otro, déspota ella ó indiferente él, ¿puede asegurarse que la mujer gobierna en su casa, que es señora de dominio indiscutible? ¡Oh, la soberanía de la mujer! Nos figuramos que la ejercemos si el hombre amartelado, loco, se nos humilla; nos figuramos ser soberanas si se nos deja hacer nuestro antojo y obrar entregándonos á merced de los caprichos más estúpidos.

Una soberanía así, yo no la acepto. Ignoro lo que á mí me ocurrirá cuando me case, pero no me conformo con ser señora. Quiero ser... gran señora.

¿Saben ustedes lo que hago para conseguirlo? La receta es sencillísima. Me instruyo.

Instrucción es lo que necesitan las damas en nuestra tierra; y conste que no me refiero á las lecciones que se dan en las universidades, sin que me oponga tampoco á que las señoritas frecuenten las aulas; nó, hablo de la instrucción social, de un aprendizaje que debe hacerse en la casa, á cargo de la madre primero, del esposo después. Lo ignoramos todo. La mujer llega, generalmente, al tálamo ignorante de su papel en la Naturaleza y en la Sociedad, y lo único que aprende, porque se empeñan los más en que lleve un velo tupido sobre los ojos, son picardías. Así ocurre que está muchas veces subyugada por los pícaros nervios.

Sí, señor, los nervios. Es una cuestión importante que deberían estudiar atentamente los sociólogos, recomendando al Ministro del ramo que agrupe la asignatura en el plan de enseñanza. Como que influye en la cultura; como que es la incógnita de casi todas las catástrofes del hogar y de la desmoralización que nos descompone. Figúrese usted lo que haría una mano torpe manipulando una batería eléctrica. Eso nos sucede á nosotras con los nervios; evitaríamos sus descargas ó sabríamos manejarlos si se nos educase bien. Por desgracia, la mujer no tiene conciencia de su *sér social*.

Pues eso digo: que las alegres comadres deben consagrar su esfuerzo á conseguir tal victoria, ya que los hombres no se apean de su burro. Dejen su actitud de protesta, su programa de abolición. No pierdan el tiempo pregonando el odio al tirano, ni en estériles é inútiles murmuraciones.

El hombre no debe ser nuestro enemigo.

Nada de eso: nuestro amigo, nuestro aliado en la gran lucha de la vida.

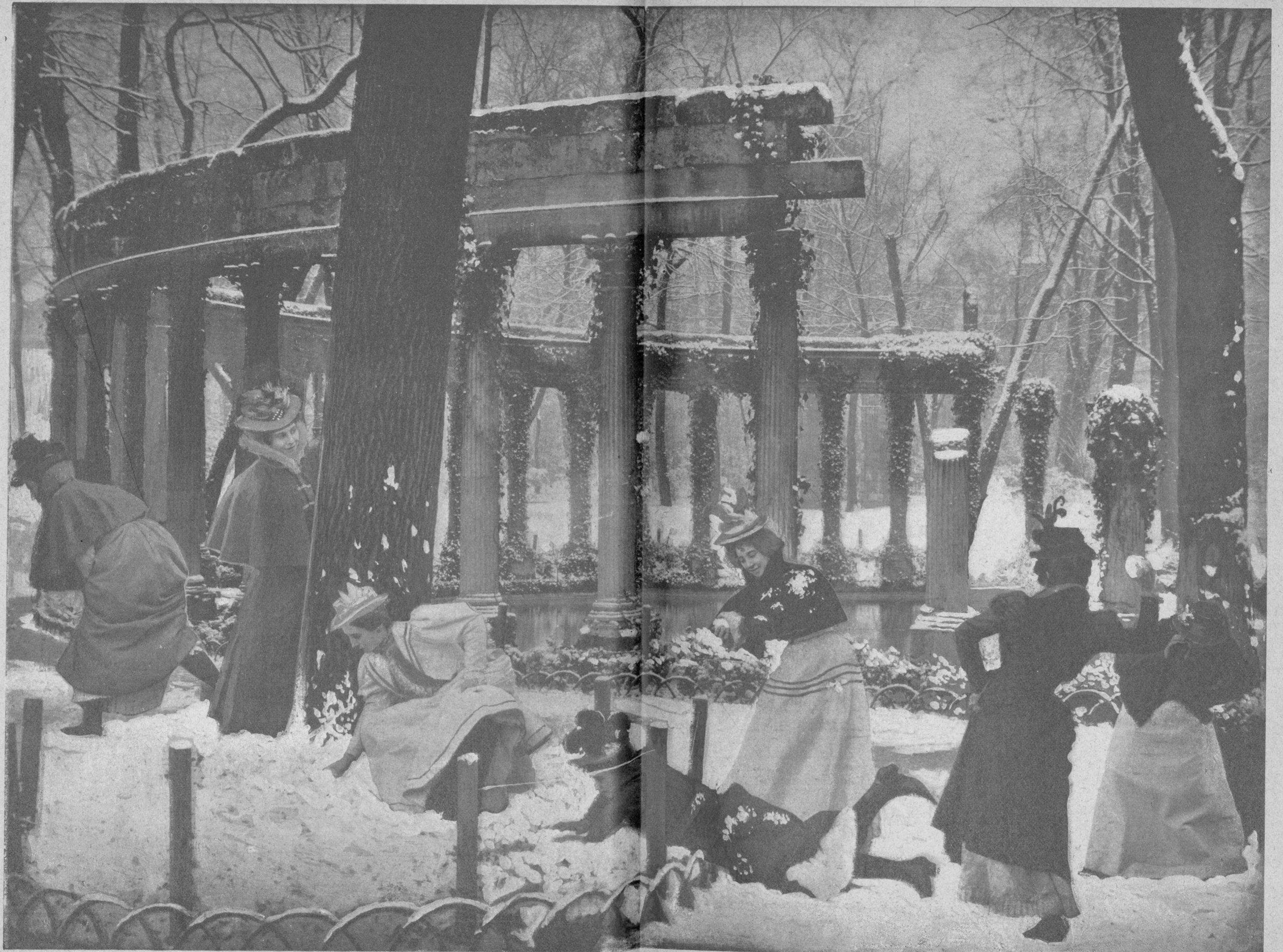
Yo tengo novio y quiero casarme, y creo que mi pretensión es sobradamente justa.

Así, señor Director, espero de su imparcialidad que haga públicas mis opiniones, y de paso que aclare una duda que me martiriza. ¿Cómo he pronunciado aquella diatriba revolucionaria y furiosa? ¿Cómo he asistido á ese malhadado club de comadres? Me paso muchas horas delante del espejo mirándome, palpándome, queriéndome convencer de que *yo soy yo*, de carne y huesos, y no espíritu intangible, sér incorpóreo que es de la única manera como podría haber dicho que adoraba á un Clak, de quien no sé todavía si es feo ó guapo.

Dándole las gracias, queda de usted afectísima admiradora,

MARIANA SANTURCE.





La alegría en la nieve

(Prohibida la reproducción)

Postre variado

Del matrimonio, institución canónica, han hablado mucho los filósofos, los novelistas, los poetas... y los burlones. Es tema inagotable, y lo será por mucho tiempo; ¿quién puede decir si perdurablemente?

He oído en muchos tonos argumentaciones peregrinas: todas me parecen respetables, excepción hecha de la que exponen los poetas cómicos contemporáneos, esos poetas que por hoy tenemos para uso doméstico, como los calzoncillos y la camiseta de punto; me agradan las burlas donosas de Quevedo, y no alcanzo a tolerar los epigramas tontos de esos revisterillos cursis que abusan de las acepciones familiares con que se ofrecen á su *sagacidad* muchos vocablos en nuestro idioma. Tolstoi ha escrito su *Sonata*, y hay en la novela copia de pormenores de una realidad que es portento de observación; pero en cierto modo Tolstoi ha calumniado la naturaleza. Prefiero las sinceridades del *Doctor Pascal*, una especie de idilio bíblico adorable, lleno de poesía humana. Y advierto á los impacientes que no tomo nunca yo las novelas como simple distracción del ocio: Zola, Tolstoi, etc., (los buenos), sirvenme de estudio, y no me contento con la *impresión* de la lectura. Las ideas y las dudas que ha despertado en mi espíritu *La Sonata* de Kreutzer, fuí exponiéndolas á consulta de autoridades determinadas, principalmente de médicos.

El legislador procedió sabiamente estableciendo ese estado social jurídico; conocía á los hombres y los ató; hizo bien. Concedo que el matrimonio es ocasión de desgracias inmensas, irremediables para muchos seres; pero no lo es para la sociedad, para la nuestra, y á eso se atuvo quien condenó á los hombres al cansancio de toda la vida, como quiere J. Martínez Ruiz remedando á otros. ¿Qué podía importarle que en lo íntimo, en la práctica, los hombres, abusando de la institución, no tomando la ley más que como pretexto y saltando temerariamente por las ineludibles imposiciones de la naturaleza, labrasen su propia desventura? ¿Qué le importaban al legislador los casos particulares? Fijese J. Martínez Ruiz en que *nuestro* matrimonio no fué instituído sinó para unir á dos seres cristianos, y el cristianismo predica el amor y la paz. (Hoy no hago más que enunciar este punto interesante). En la práctica del matrimonio, es decir, en lo real, en la vida uniforme de dos seres que han de vivir constantemente juntos, hay muchas mentiras, muchos convencionalismos, pero no es una mentira convencional el matrimonio. El legislador se expuso á que se practicara la ley con absoluta ignorancia de su ministerio, pero es indudable que no *intentó* favorecer el comercio y el engaño.

¿Que se engañan los hombres á sí mismos? ¿Que comercian con su felicidad? Esto escapa á las generalizaciones de la ley, promulgada, no para el individuo, pero para la sociedad; no



Leyendo: «Emilia, como novia es encantadora, pero creo que como mujer será muy exigente... ¡Si nos pudiéramos casar á ocho días vista, como las letras!»

LA INSPIRACIÓN



Siendo así tan hermosa, no es extraño
que no la dieran todos los poetas
¡no se han hecho las mieles para el asno!

para uno, sinó para todos, para un orden que encontrarán raramente los filósofos y los novelistas en los casos concretos, porque no es la dicha condición humana.

Dice J. Martínez Ruiz: la vida no es eso; ó sea, no es la monotonía del matrimonio.

Bien, nó, en absoluto no es la vida; pero sí que lo es si tomamos el matrimonio como puro accidente de ella. ¿Qué hay en la realidad sinó un continuo vaivén, como de flujo y reflujo, de aborrecimiento, de cansancio, de desesperaciones?

¡ La vida ! Hay en ella un fondo sin límites de dolor, como asegura Schopenhauer, y si en el matrimonio honrado y tranquilo no se encuentra la felicidad, no es culpa del matrimonio, sinó de la condición humana, de la raza condenada á sufrir.

Pero además, yo le digo á Martínez Ruiz que es culpa del mismo hombre.

¿ Por qué ?

*
* *

Más adelante tendré el gusto de explicarlo, puesto que se ha presentado la oportunidad de hablar de este asunto, estudiándolo según lo presentan los novelistas y sin repetir opiniones doctrinales, como nos interesa y conviene ahora, en esta época en que da ciertas señales de resurrección el espíritu.

Diré únicamente, para concluir este postre, que advierta y medite J. Martínez Ruiz como el matrimonio no es únicamente institución social, cosa en que fueran admisibles ciertas diferencias de criterio político ó religioso entre él y yo, sinó fundamento de la Casa.

Y además que si el pesimismo de Schopenhauer es justo, no es menos verdad que, conforme á la naturaleza y la vida, el matrimonio es el amor.

J. F. LUJÁN.





Encendió Teodoro Maldonado la exquisita breva, que sacó de su petaca de auténtica piel de Rusia con iniciales de oro. Paladeó el primer sorbo del aromático café humeando en la taza, corolario indispensable, junto con el habano y la copita de *Martel*, del succulentísimo almuerzo que acababan de servirle. La atmósfera del saloncito era tibia y perfumada; un plácido sol de Marzo filtraba á chorros por los cristales del balcón y esparcía su dorada luz. El cielo era puro, azul, sin una mancha; el follaje de los árboles empezaba á reverdecer; una nube de pájaros, aleteando alegremente de rama en rama, elevaba un concierto de regocijante chillería. Teodoro calculó que aquellas manifestaciones de una vida externa, sonriente y dichosa armonizaban maravillosamente con el bienestar físico y moral de que se sentía poseído. Sin darse cuenta de ello, echóse á reír como un bendito.

¡Qué bien me siento — dijo para su capote — y qué gratísima é íntima relación existe entre esa naturaleza que me rodea y mi propio yo!... He almorzado opíparamente, satisfaciendo una de mis pasiones predilectas, que no me ruborizo en confesarme á mí mismo: la gula, pero gula refinada, delicada, artística, me atrevo á decir. Los manjares han sido excelentes, los vinos deliciosos; este café no tiene pero, este cigarro es un poema. Y como disfruto de un estómago privilegiado, estoy seguro de que no me acometerá el remordimiento de una mala digestión.

¡Qué bien me siento!... Hasta ese mismo vago mareo que flota en mi cerebro tiene algo de deleitoso y aumenta mi bienestar. Es indudable que las satisfacciones de la materia, esa materia que los filósofos con dispepsia ó sin dinero, se atreven á calificar de grosera, contribuyen poderosamente á la felicidad moral. Por lo que cierto es que me siento feliz y que esa alegría que inunda todo mi sér, no es solamente física, *si que* también psicológica.

Y persuadido de que acababa de soltarse á sí mismo una gran verdad, sonrió con ufana vanidad, completamente satisfecho de su sino.

Y no vió como, en aquel preciso instante, una aparición extraña penetraba silenciosamente en la estancia y se quedaba mirándole con ojos ensangrentados, duros, en que brillaba una ferocidad implacable.

*
**

Inclinóse Teodoro Maldonado hacia los cristales del balcón y echó una mirada á la calle, llena de animación, rebosando movimiento y vida.

— Allá va ese pobre Sinforoso... — dijo siguiendo con expresión entre compasiva é irónica hasta que se perdió de vista el paso de un individuo flaco, mal trajeado, que andaba con la cabeza gacha.

— ¡Pobre Sinforoso! — repitió — casado, con cuatro hijos, sin un cuarto y aperreándose para ganar el pan cotidiano ¡Vaya una existencia!

Y su orgullosa dicha, la presunción que tenía de su superioridad humana y social crecieron de punto al comparar su destino con el del pobre diablo que acababa de pasar aprisa... tal vez sin haber almorzado...

— ¡Qué diferencia conmigo!... — añadió. — Yo no tengo hijos... afortunadamente no conozco esa clase de estorbos... ni siquiera soy casado; no tengo mujer... pero tengo

mujeres, lo cual vale mil veces más. Yo soy libre, libre como el aire, rico y robusto. Si quiero inclinar mi corazón, mejor dicho, mis sentidos, á esta parte ó á la otra, á derecha ó á izquierda, nadie puede estorbármelo.

Y á propósito—siguió diciéndose y haciendo un guiño malicioso— opino que hoy será oportuno hacer una visita á Consuelo... ó á Paquita. No sé por cuál decidirme, y á la verdad Paquita es más linda. ¡Oh! sí, más linda, pero Consuelo tiene un gancho... y tiene unas formas... De veras que no sé por cuál de las dos optar en este momento histórico. Si echara suertes...

Y soltó la carcajada, muy regocijado de esa idea que le pareció sumamente original.

Y no vió tampoco como la aparición que había continuado contemplándole con sus ojos siniestros, se acercaba con sigilo espectral y se colocaba detrás de él, casi tocando á su silla.

*
**

Bebió una segunda ó tercera copita de *Martel*, quitó con la uña del dedo meñique la ceniza del cigarro y se puso en pie tambaleándose.

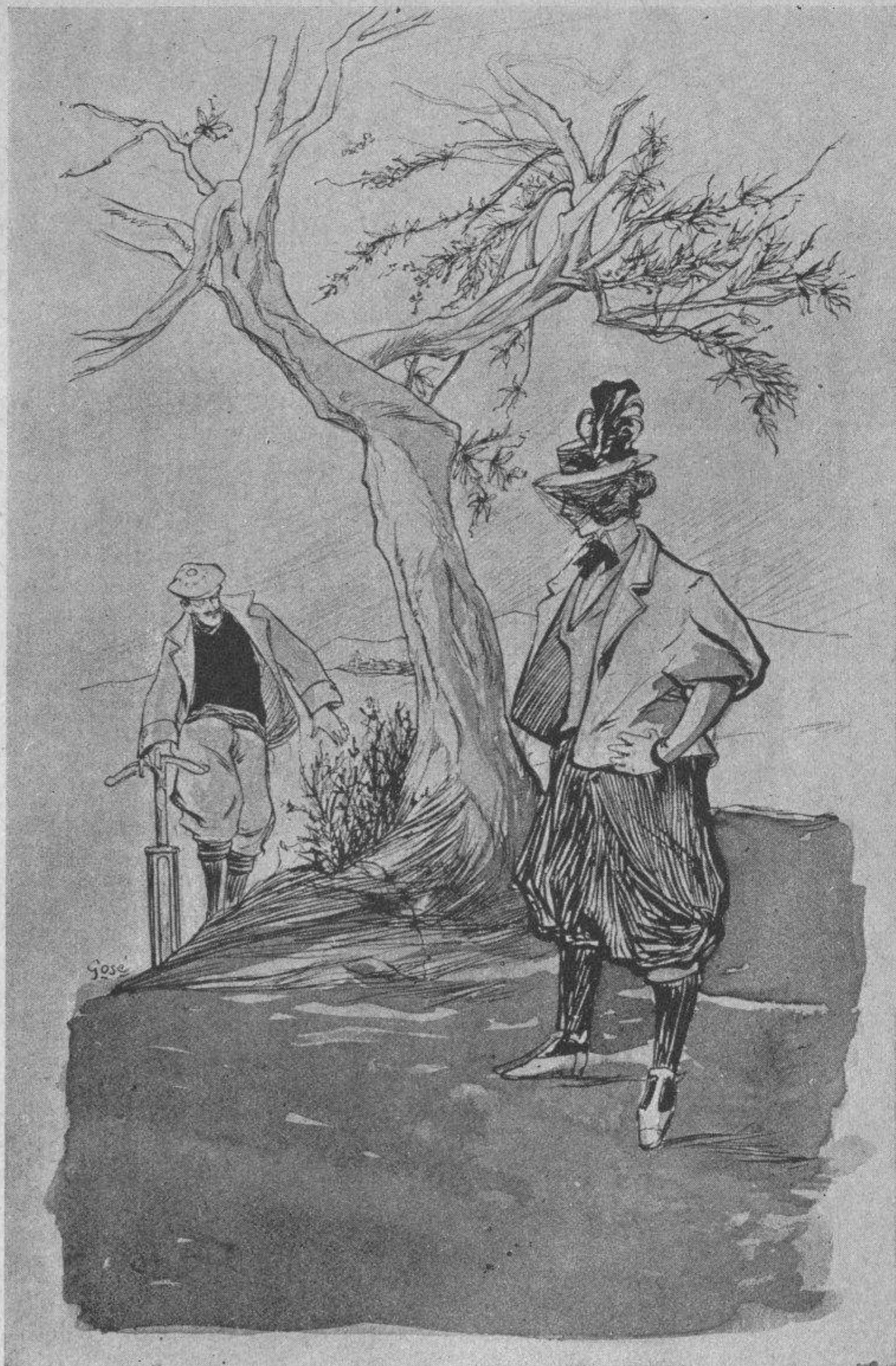
— ¡Ola! — murmuró. — Juraría que bebí demasiado... Sí: he abusado un [poquito] de ese Cortón que era piramidal y de ese Roederer que era poemático. ¡Bah!... tomando el aire se pasará este mareo. A la calle, amigo Teodoro, y luego á casa de Consuelito... ó de Paquita.

Dió dos ó tres pasos y tuvo que detenerse; se pasó las manos por la frente y la sonrisa impresa en sus labios se apagó.

— No sé qué tengo — balbuceó — y tratando de buscar con las manos un apoyo en la pared.

Y tampoco vió como la extraña aparición se aproximaba, clavadas siempre en él las feroces pupilas. Extendió ella una mano helada, cuyos dedos tocaron á Teodoro en la nuca... y éste cayó de súbito como herido de muerte; su cuerpo quedó aplomado, inerte sobre la alfombra. Al ruido vino un camarero, luego otros; después llegaron otras gentes; por fin un médico, que llamado aprisa, contempló aquel organismo luchando, ya impotente, contra un enemigo invisible, avasallador...

— No queda nada que hacer... — opinó el galeno — un ataque de apoplejía fulminante... Se muere... nó, digo mal: está muerto ya.



— Pero señora, ¡qué siempre haya de costarnos trabajo llegar hasta ustedes! — Porque no siguen la línea recta, sinó que se dirigen á nosotras con rodeos. ¿Qué falta le hacía la bicicleta para encontrarse aquí conmigo?

JUAN BUSCÓN.

Spleen

Se cantaba *La Hebreá*, de Halevy, en uno de los teatros de Londres. Mister Diek, que ocupaba su localidad en la primera fila de butacas, á semejanza de las heroínas de novela cursi, que en momentos críticos exhalan un tristísimo suspiro, revelador de su estado de ánimo, dejó escapar un suave y prolongado bostezo.

Fué el síntoma precursor de su enfermedad.

Supuso al principio que sería motivado por la insulsez de la obra ó por las deficiencias de los artistas; se equivocó. A partir de aquel momento el bueno de mister Diek siguió bostezando á más y mejor.

Era evidente: la enfermedad había hecho presa en su persona. Sentíase atacado del terrible *spleen*.

— Viajaré — se dijo.

Y viajó. Recorrió el mundo del uno al otro confín. Visitó las regiones del Africa inculta, las de América, las de Asia, las de Oceanía. En todas partes se aburrió soberanamente, á pesar de querer adaptarse á los usos, costumbres y manera de ser de los naturales de cada país.

A su regreso á Londres consultó el caso á eminentes médicos especialistas. Uno de ellos le aconsejó que proporcionara solaz á su espíritu haciendo obras de caridad.

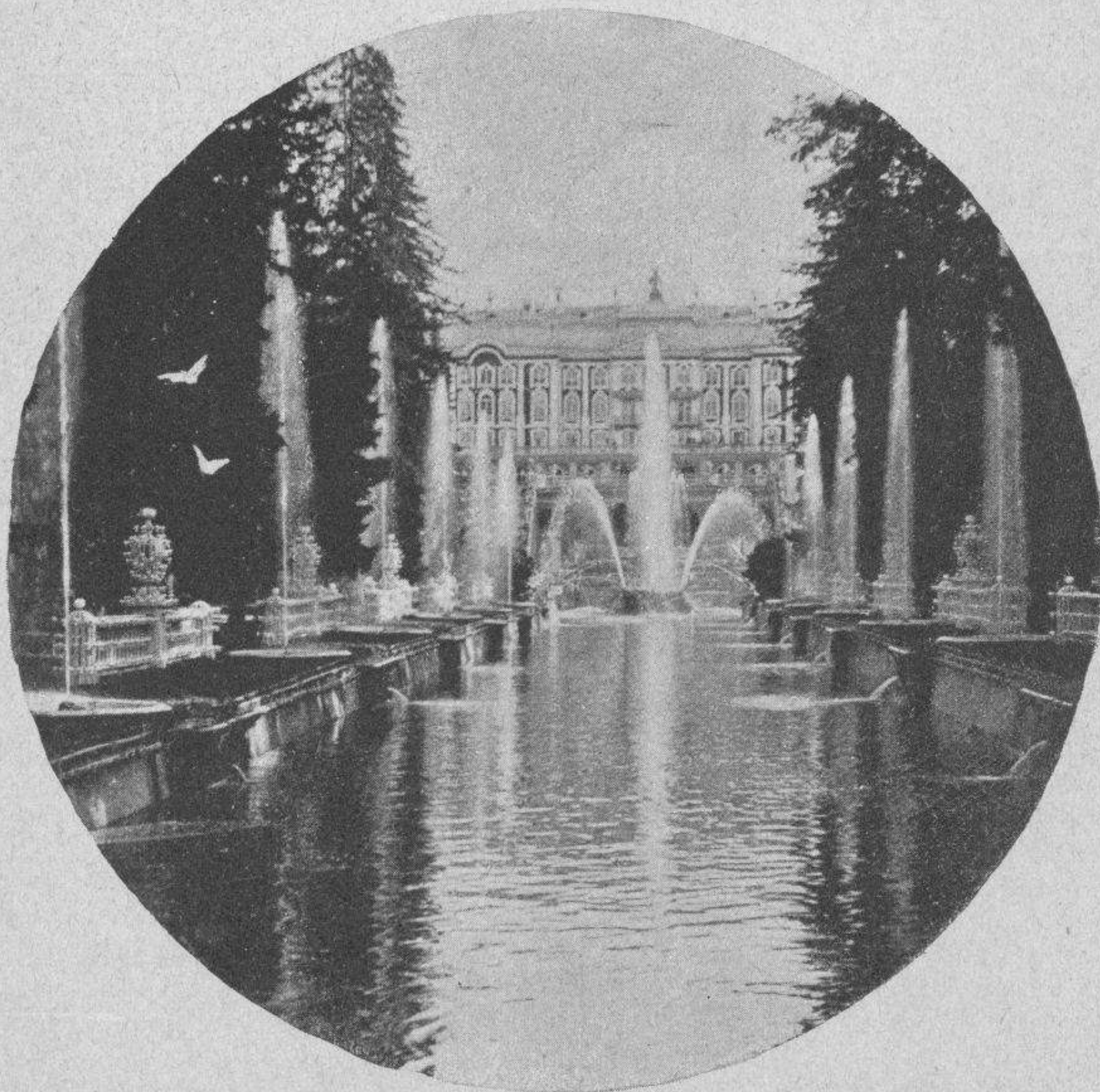
Mister Diek fundó hospicios, creó asilos, hizo construir escuelas y conventos. Pero maldito si encontró alivio para su dolencia.

— Me aburro — exclamaba sin cesar.

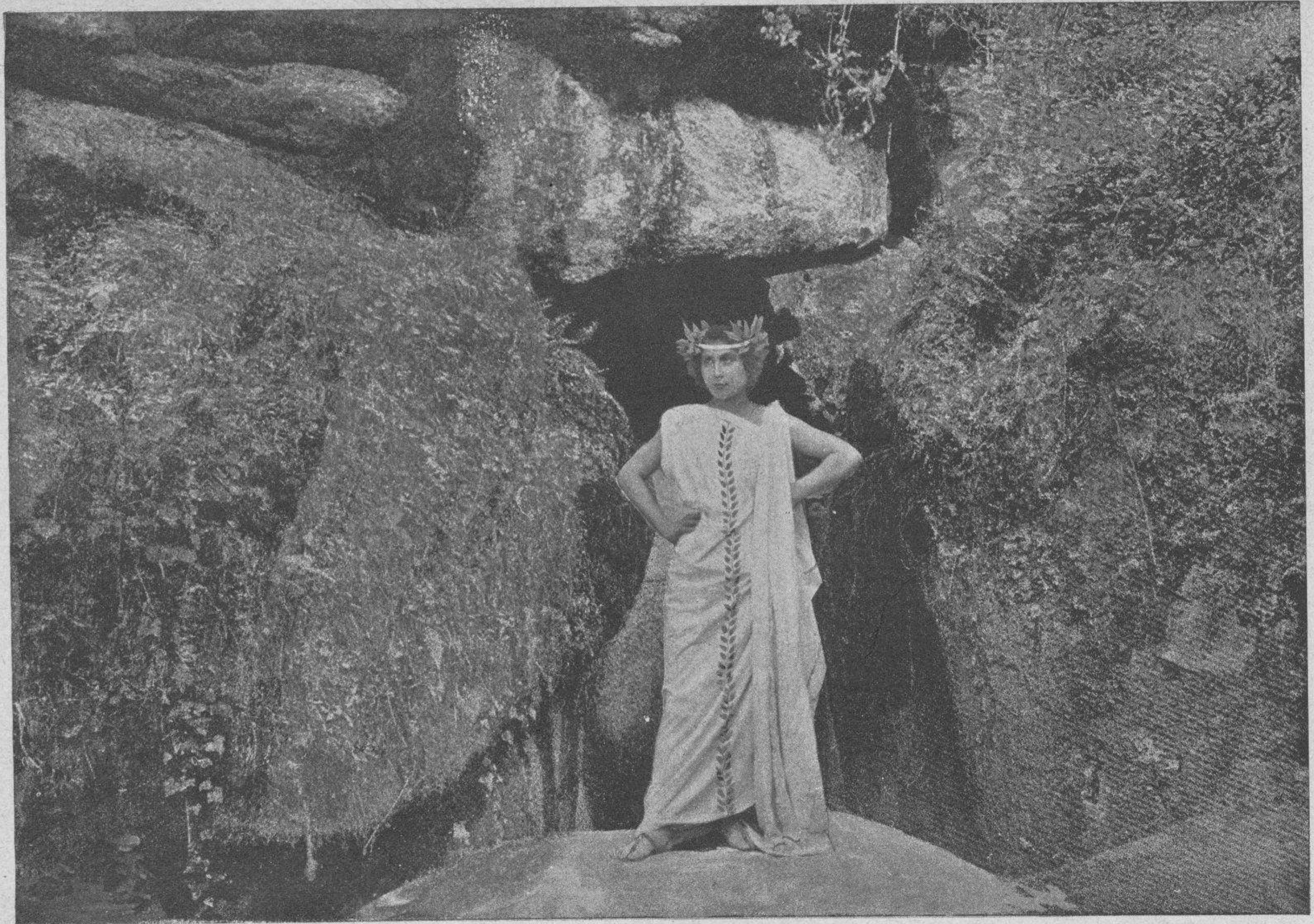
Entonces le recomendaron el *hastehis*, ese específico oriental que proporciona placeres ficticios, comparables sólo con los deleites del paraíso de Mahoma.

Tomó el *hastehis* y soñó. Pero ¿qué soñó? Cosas insulsas, vulgares, estúpidas, cosas que todo el mundo sueña. Viejas en camisa, una revista militar, globos de fuego que van por las calles llamando la atención del público, el mar que se desborda, un león que en pleno desierto habla con nosotros mano á mano, una revolución que estalla, el casamiento de un rey negro; sueños, en fin, que lejos de agradarle, le sumían en una desesperación terrible.

Desde entonces el desdichado mister Diek recorre el mundo ávido de emoción.



Palacio de Peterhof (Rusia). — Las fuentes



El hada de las grutas

nes, sin hallar nada que le distraiga y disipe su melancolía.

— ¿Qué tiene usted? — se le pregunta con ánimo de indicarle algún remedio.

— Nada — responde encogiéndose de hombros.

— ¿Ha sufrido algún quebranto su fortuna?

— Ninguno. Mis rentas aumentan de día en día con la amortización de los intereses que produce el capital.

— ¿Sufre usted el desengaño de una pasión amorosa?

— Jamás he sentido pasión por ninguna mujer.

— ¿Es usted aficionado al teatro?

— No. Ni á la música, ni á la caza, ni á los caballos...

— ¿Entonces qué le agrada?

— Nada absolutamente.

— ¿No tiene usted cariño á nadie?

— A nadie.

— ¿Ansía usted la muerte?

— Sí.

Oyendo esta afirmación tan rotunda de mister Diek, á cualquiera le ocurre el argumento de que cuando se está cansado de la vida, lo mejor que puede hacerse es recurrir al suicidio. Pero replica el inglés.

— Desde luego, sí, es la cosa más sencilla del mundo dejar esta vida, pero el suicidio tiene sus inconvenientes y se deben evitar.

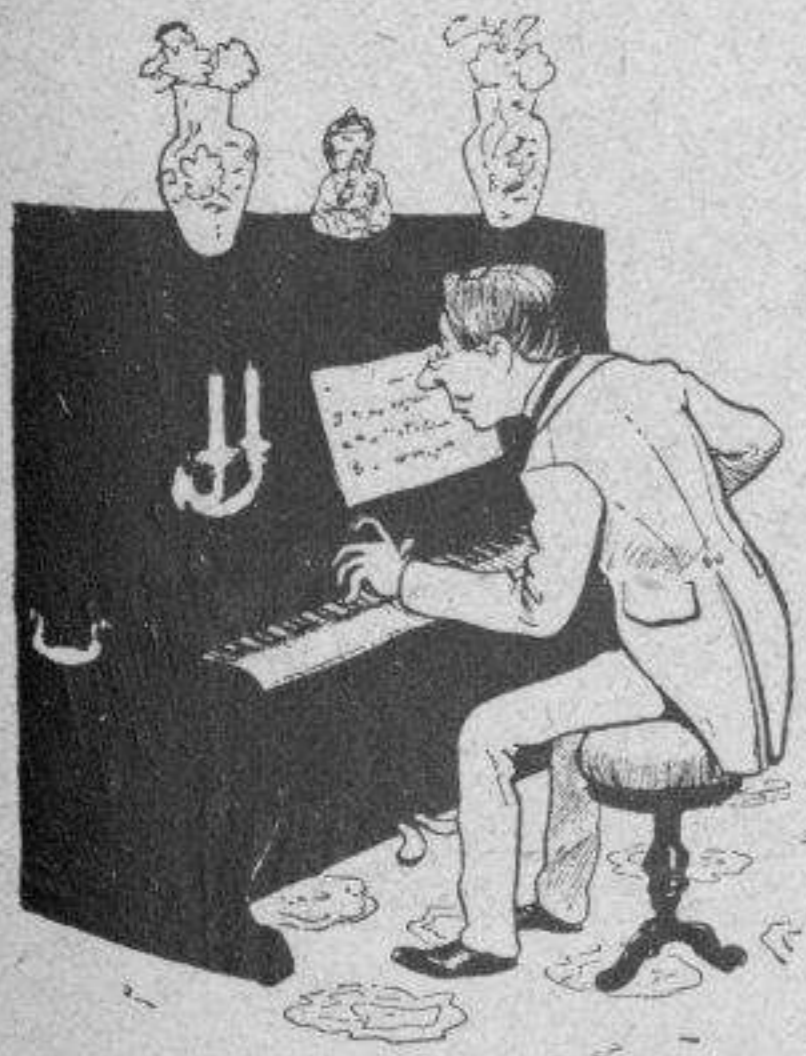
Ni aun el ardid de dejar escrita una carta para el juez diciéndole los móviles que impulsaron á uno á borrar su nombre del libro de los vivos es suficiente para evitar los disgustos después de muerto. Un amigo mío, Mr. Villiams Smith, vióse atacado de la cruel enfermedad que me consume. Hállabase en Viena, y cierta mañana dejó escrita una carta para las autoridades, diciendo que se hallaba harto de la vida y que apelaba al único recurso digno que todo inglés debe emplear. La carta empe-

zaba con la consabida frase de «No se culpe á nadie de mi muerte»... Pues bien, el *Morning Post*, uno de los periódicos más populares del reino unido, publicó la noticia sin comentarios; el *Times*, que tiene mucha más importancia, se creyó obligado á decir algo más á sus lectores, y copió la noticia añadiendo: «Si nos fuera lícito descorrer el velo que envuelve este triste suceso, diríamos que sir Williams Smith ha sido víctima de una pasión contrariada»... Tres meses más tarde, en los escaparates de las librerías de París se anunciaba una novela con el título de «Los amores de un inglés»... Es la historia de mi pobre amigo, la historia del infortunado Williams, fantaseada por el folletinista. El libro ha sido traducido á todos los idiomas europeos. En él se pinta á sir Smith enamorado á la vez de dos mujeres: una bailarina del teatro imperial de Viena, y la esposa de un Embajador... Sir Williams se conduce con tacto exquisito, hasta que un secretario de la Embajada descubre el lío. Entonces el diplomático marcha ciego de ira al teatro y mata á la bailarina; sir Williams mata al Embajador, después á la esposa del Embajador y se retira á su alojamiento, donde se salta bonitamente la tapa de los sesos... Lo más sensible del caso es que el vulgocrecio cree que esa fábula es la historia verdadera del desdichado Smith... Que me digan ahora si mientras haya periodistas impertinentes y escritores de folletín que se metan donde no les llaman, puede un hombre que no quiere verse escarnecido después de muerto apelar al suicidio. Ellos son causa de que disminuyan los suicidios entre los ingleses...

Y el aburrido mister Diek, bostezando siempre, anda por ahí renegando del momento en que su madre tuvo el capricho de parirle...

J. PÉREZ CARRASCO.

LOS INSTRUMENTOS, POR XAUDARÓ



El piano, para lucir en los salones.



El violín, para echarse al romanticismo.



El acordeón, pá brillar en la taberna y beberse unos chicos.



El silbato, pá pedir auxilio y mantener el orden.

MISCELÁNEA

Carta abierta

A los señores fabricantes de PASATIEMPOS.

Señores míos: He recibido una carta suscrita por *El sentido común* (copio la firma), de la cual es este párrafo: « Y suplico á usted escriba un articulito humorístico, con mucha sal y pimienta, para ver si les quita (esto va con ustedes), la gana de escribir las mil sandeces y tonterías que, bautizadas con nombres enrevesados é incomprensibles, mandan á diario á los periódicos ».

Pues les digo á ustedes que el que tal me ha escrito se ha equivocado de medio á medio. Primero y principalmente: porque en mi vida he logrado á duras penas escribir una mala carta, y ni á duras ni á blandas he conseguido tener sal, ni pimienta, sinó bilis por sangre y un humor más triste que la niebla; y segundo: porque ha venido á dar con la horma de su zapato: quiero decir que vale tanto pedir peras al olmo, talento á los necios y sabañones á Julio, como pretender que yo me vuelva contra ustedes, siendo su devoto y sincero admirador. Pues ¿hay en el mundo más honesto divertimento que meterse por el intrincado laberinto de rombos, cuadrados y cruces, primas, segundas y cuartas, que son base y sustento de las charadas, logogrifos, meta y anagramas, acrósticos, saltos y piruetas elaborados por ustedes con claro ingenio, para solaz y distracción de las personas sencillas? ¿Ni más dulce placer que dar con la solución de tales acertijos, y alcanzar la victoria, para lo cual es menester, en ocasiones, saber geografía y hasta química é historia universal? A más ¿no es la labor de ustedes fuente y origen de beneficios patentes é indiscutibles?

De mí sé decir (y aquí apelo al testimonio de *Los de la Batícola*, *Los de las fundas* y demás conspicuos solucionistas) que ustedes han conseguido despertar mi afición al estudio, hasta el punto de que hoy me sé de memoria el nombre de gran número de ríos, aunque no sé qué comarcas riegan, ni cuáles son sus afluentes, ni dónde desembocan; y también he aprendido una miajita de historia, y de mitología, y de otras mil cosas más, á cual más interesante: y sobre todo, cuando apartado de todo ruido me engolfo en buscar solución á los *Pasatiempos* que ustedes hacen, consigo eso: pasar el tiempo.

He aquí la razón de más peso en pró de la utilidad del trabajo de ustedes.

Dígame sino mi anónimo comunicante: ¿no es « pasar el tiempo » la constante aspiración y el más

ferviente deseo de todos los buenos españoles? Pues los que á ello contribuyen, los que para lograrlo ponen sus talentos en prensa (¡ay, perdónenme ustedes!) ¿no merecen siquiera que sus nombres sean perpetuados por la fama, cuando el de tantos prohombres, que no hacen más que jorobarnos, los saben hasta las piedras?

Esto créolo de justicia; y así llamo, cito y emplazo á los ya mencionados solicitantes, y á los que como ellos sean aficionados á la útil tarea de romperse la crisma para buscar soluciones, con los siguientes fines: 1.º, recoger las firmas de todos en un album elegante, que sea como mensaje de admiración y respeto hacia ustedes; y 2.º, abrir una suscripción para regalar á cada uno de ustedes un par de sandalias chinas.

Y como « obras son amores », ahí va mi modesto óbolo: un perro chico.

Y nada, señores, aunque haya por ahí algún envidioso que quiera poner á ustedes en solfa, háganse los sordos y sigan en su tarea; vengan más charadas y logogrifos, más saltos y cabriolas; no se *compriman* ustedes, pues yo les aseguro que sus *pasatiempos* son muy estimados; á más ya saben ustedes que « uno hace ciento », y que « nacen al minuto dos y mueren al año ochenta », y, en fin, bueno es que haya aspirantes al Limbo, para que éste no se cierre y tengamos entonces que reformar el Catecismo del P. Astete.

Yo, en tanto, quedo pidiendo á Dios tenga á ustedes en su santa guarda,

y l. b. l. m.,

LUÍS DE BURGOS.



Hemos recibido la obra *PARIS* de Emilio Zola, magníficamente editada por la casa Maucci. Del libro hablaremos en nuestras notas biográficas próximamente con la detención que merece el ilustre novelista.

PARIS está impreso en dos tomos y se expende en todas las librerías al precio de 16 reales, encuadernados en rústica y 24 en tela inglesa.

La casa Maucci, que ha comprado la propiedad de la obra merece plácemes.



No olviden ustedes que estamos preparando un concurso fotográfico.



LOS INSTRUMENTOS, POR XAUDARÓ



El violón... por costumbre.



La campana, para pedir la palabra é imponer silencio.



La guitarra para pedir una limosnica y romperle los morros al otro ciego.

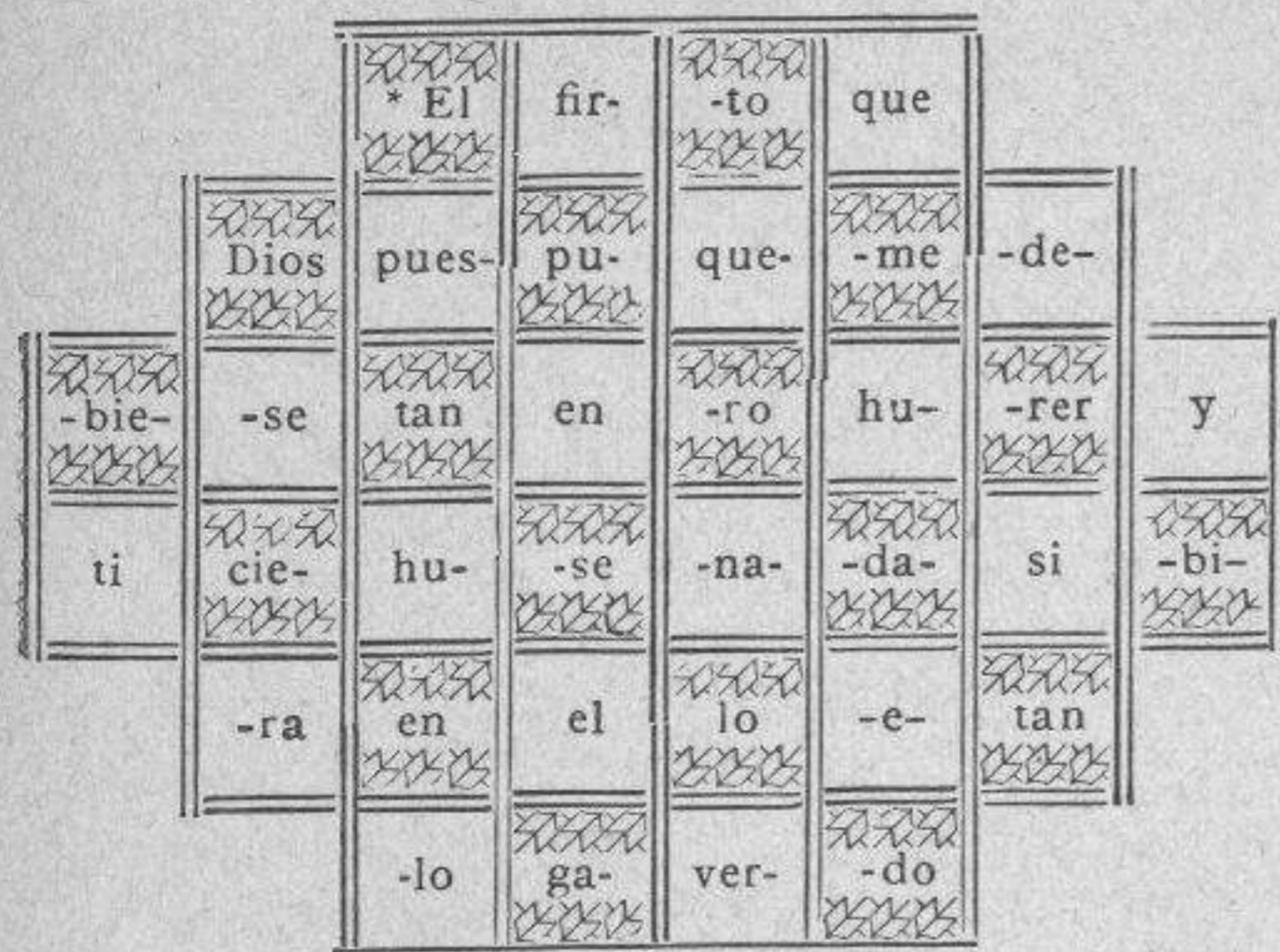


La corneta pá tocar fagina llamando á rancho.

Para honrar la memoria del ilustre Clavé, se celebra esta noche un gran concierto vocal é instrumental en el teatro del Tívoli.

Bajo la dirección inteligente del maestro Enrique Morera, ejecutará la Sociedad de Conciertos «Catalunya Nova» un programa formado por composiciones del fundador de las Sociedades corales.

Salto de caballo



CANDILEJA.

Correspondencia

J. L. M. — Barcelona.—Usted dice: «tienen ustedes preocupación contra los que empiezan». Y contesto yo: «niego. Yo también he comenzado..., por el principio; no me colé por la ventana. Lo que ocurre es que los más principian mal, rematadamente mal, y es inútil abrirles las puertas. Crea usted que leo atentamente todo cuanto se me envía, porque al fin y al cabo, malo ó bueno, merced que agradezco, se me dispensa. Si hallo algún escrito que valga la pena me regocijo; si descubro algo que revele en su autor dotes que merezcan elogio apresúrome á animarle; le aseguro á usted que á mí me agradaría coger todas las semanas á uno ó á otro de la mano y decir al público: ahí tienen ustedes un obrero de la inteligencia más que ha de ayudarnos en la interminable obra de la cultura. Mande usted algo. La carta está muy bien escrita.

Pentecostés.—Murcia.—Ha adelantado usted la fecha de la Pascua; pero en verdad le digo, que no pueden digerir las gentes la mona que usted trata de meternos ni es usted de los elegidos para sentarse á la mesa Celestial.

K. T. T. — Barcelona. — Usted sabrá la teoría de Taylor y la discusión general de ecuaciones, y si me apura mucho las curvas de segundo grado, pero amigo con tantas matemáticas se ha olvidado usted de escribir *haba* sin *h*; lo cual me prueba que necesita usted repasar un buen tratado de botánica. Y cuando llegue usted á la alfalfa pase usted por alto las páginas correspondientes.

Dulzura.—Madrid.—Vaya lo publico:

Me miró, la miré;
al punto me enamoré;
y lo peor de todo fué
que ella se enamoró
porque la miré y me miró.

¡Gracioso!

Peseta — Cádiz. — No puedo darle el cambio; no llevo suelto.

J. N. D. — Barcelona. — Mariana se irá á la cama todas las noches ó cuando lo desee; pero *Mariana* y *cama* no son consonantes, ni aunque lo disponga el mismo Conde de Cheste, que es el único que tiene facultad para atar y desatar... ripios.

Luque. — Sevilla. — ¡Camará! vaya un andaluz patoso.

D. O. M. — Valencia. — Si yo le mandase á usted CUARENTA cuartillas, escritas por las dos caras ¿ las leería usted? No; ¿verdad? Pues yo he tenido la paciencia de llegar hasta la veinte, y creo haber superado á Job.

¡Nadie! — Barcelona. — ¡Jesús! Guárdese de los estornudos. Suelen ser el anuncio de un constipado. Y hasta la semana próxima.

Soluciones á los pasatiempos del número anterior:

FRASE HECHA: No hay de que.

CHARADA: To-ma-sa.

TROMPO NUMÉRICO: Margarita.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO: Maravilla.

**TOSSES REBELDES
CATARROS
BRONQUITIS
TISIS**

Se curan con las CÁPSULAS V. VINARDELL

De venta, en la Farmacia Universal, Calle Escudillers, núm. 61, y Gignás, núm. 32

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Bambla del Centro, Kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas

Año 11 >

Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 >

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS



Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.



LIBROS

Autores célebres

El dueño de los kioscos **EL SOL** (Rambla del Centro, frente al Liceo y Rambla de las Flores, frente á la Puertaferri) mediante una combinación con la empresa editora de la biblioteca de **AUTORES CÉLEBRES** ha puesto á la venta las obras por la misma publicadas á **VEINTE** céntimos cada volumen, cuyo precio fuerte era de **Una peseta**.

Las obras publicadas, á las que seguirán otras de reputados autores, son las siguientes:

Del Vizconde Ponson du Terrail.	La Viuda de Sologne	1 tomo
De Paul Feval.	La Daga misteriosa	1 tomo
De Idem	Los Fanfarrones del Rey	2 tomos
De E. Poé	Un crimen misterioso	1 tomo
De Alfonso Karr	Una historia terrible	2 tomos
De Ponson du Terrail	Odio de Raza	1 tomo
De Erekman Chatrian	La Posada de los tres ahorcados	1 tomo
De Ponson du Terrail	Novela de un Joven pobre	1 tomo

SE PUBLICARA AL MENOS UN TOMO MENSUAL

CUPON PRIMA

Regalo á los compradores
— de **LA SAETA** —

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por **DOS REALES** la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, original de D. Ceferino Palencia

CARRERA DE OBSTACULOS

una de las que más han contribuido á cimentar la fama de su autor.
Con este mismo Cupón, y abonando **DOS REALES** más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa, de D. Marcial Morano

EL MAYOR CASTIGO

que tan celebrado fué por el público y la crítica cuando se estrenó en el teatro Principal.
Asimismo se entregarán por el citado precio de **media peseta** cada una, **SOR TERESA**
ó **EL CLAUSTRO Y EL MUNDO** y **LA VIDA ES SUEÑO**

La Paveta



20 cénts.

Núm. 380

